

los caminos que se cruzaban entre la arboleda, los tres hombres habían desaparecido en la espesura. Entonces volvióse hacia el viejo, a quien Pero había desamarrado, y que, todo temblando y balbuceando, contó que iba con el nieto a llevar dos yardas de paño de burriel al palacio de los Señores de Solores, cuando había sido asaltado y golpeado. El muchachito tenía dos dientes partidos, un hombro con la carne rasgada de una lasca de piedra, y don Gil lamentó no saber, como debe saber todo caballero, el arte de curar las heridas. Hizo montar al niño, que se desmayaba, a la grupa de Gundes, su hombre de armas, que traía el caballo más recio; la carga fué echada sobre la mula, y tres de sus solarengos, con Gundes, acompañaron al recadero al caserón solariego de Solores... Después, cuando vió al viejo marcharse, así bien escoltado, corrió hacia Gonfalim, tan alegre ahora y satisfecho de la vida, que rompió a cantar... La noche había cerrado cuando la cabalgata llegó al puente levadizo de la casa solariega...

La servidumbre esperaba con antorchas; y Gil, al desmontar, cayó en los brazos de don Ruy y de doña Teresa, que, sin saber hacia donde había marchado el hijo de su corazón, con caballos y armas, habían pasado dos días en lo alto de la torre de la Atalaya, oteando ansiosamente los caminos, temblando a cada nube de polvareda que a lo lejos se formaba y haciendo ricas pro-

mesas a todos los santos del Cielo... Pero cuando le vieron tan airoso y tan fuerte, en su armadura, ni le reprendieron por el terror que les había causado, embebidos con su gallardo caballero, que les parecía tan bello como San Miguel armado. Doña Teresa pasaba las manos con amor por la cota bruñida. Fué don Ruy quien le desembarazó de la rodela y de la lanza. Y cuando a la cena, el buen Señor supo cómo había libertado al trajinante y al nieto, y cómo los tres bandidos habían huído, no pudo contenerse en su entusiasmo, y gritó, dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar los jarros de estaño:

—¡Vida de Cristo!... ¡Que nunca oí ni sé que se cuente en los libros de más justa hazaña!...

V

Entonces comenzó este mozo gentil a amar sobre manera las armas. Pero por ellas no olvidaba a la linda Solena robada; y si ahora se empeñaba en ser un fuerte y diestro caballero, era porque soñando una noche con ella la había visto en el fondo de una torre, con los cabellos sueltos y grilletes en las manos, que le decía a través de lágrimas: "Si no pudiste socorrerme a mí, pobre pastora, que sólo te tenía a ti en el mundo, dedícate por amor y recuerdo de mí a so-

correr todas las debilidades, amparar a todos los desamparados.”

Después la torre y Solena se habían desvanecido, y había visto a Jesús Nuestro Señor, que, de repente, sonriendo, le ofrecía una gran espada, más clara que un diamante. Entonces comenzó a pensar en correr mundo, como paladín errante, para socorrer a todos los débiles, y ahora, que profundizaba aquella idea, ninguna existencia le parecía más noble y más bella. El mundo ya había visto a muchos de estos caballeros famosos. Mudos, cubiertos de hierro, seguidos de un solo escudero con la lanza, recorrían los reinos de la tierra, protegiendo a los pobres y a los menestrales, libertando damas encerradas en torres, derrotando a los gigantes dañinos, derribando a los príncipes de los tronos usurpados, redimiendo pueblos cautivos, destruyendo las alimañas que van asolando las mieses, y en camino de conquistar un reino, deteniéndose a consolar a una criatura que lloraba en un huerto. Un angel volaba por detrás de ellos con las alas abiertas; y sus hazañas no procedían de la irresistible fuerza, sino de la evidencia de su justicia. Una vida así deslumbraba a don Gil; su posibilidad era evidente, puesto que, sin buscar aventuras, sólo porque siete lanzas le seguían, él, libertando al trajinante en el pinar, había realizado obra de paladín.

Entonces todos sus pensamientos fueron con-

sagrados a esta empresa. Todos los días se adiestraba en jugar la espada con cualquier mano, en disparar ballestas, en vibrar la flecha; y el viejo don Ruy, desde el balcón de la sala de armas, aplaudía estos ejercicios, que tanto convienen a un hidalgo que enaltece a Dios, su honor y su linaje... Por su orden, el Mayordomo compró el mejor alazán de guerra que en esos tiempos se viera en la gran feria de San Juan, en Vizeu; todos los hombres de armas fueron provistos de lorigas nuevas, lanzas de ancho filo, cascos que relucían como espejos, y la armadura de don Gil, que la madre le quiso regalar con el dinero de sus arras, era tan bella, que estuvo durante todo un domingo expuesta en la capilla del solar.

Pero Malho acompañaba constantemente a don Gil en estas ocupaciones de caballero. Era él quien pulía las armas, daba la ración al jamelgo, cuidaba de los galgos favoritos de don Gil, lo disponía todo para los ejercicios de armas; y hasta, como la edad y los achaques iban volviendo más renco al ayo de don Gil, era Pero Malho quien dormía atravesado a la puerta de su aposento y le batía las ropas con un junco y a la mesa le llevaba el jarro de vino. Don Gil comenzaba a cobrar gran afecto a este escudero.

Era Pero Malho un mocetón más moreno que un moro, experto, diestro y valeroso, de una alegría que le traía siempre descubiertos los dientes magníficos; gran sabedor de historias y refranes, lin-

do bailar en fiestas de atrio de iglesia, y tan recio que podía pasar dos días de jornada sin sueño, sin ración, bebiendo sólo en las fuentes un trago de agua por el borde del sombrero. Sabía todo cuanto atañe a la caza y a la guerra; y don Gil se iba aficionando tanto a este mozo, que ya había decidido llevarlo como escudero si alguna vez se marchaba a correr mundo como caballero andante.

Su deseo era ser armado caballero, ahora que era diestro en todos los ejercicios de las armas. Y como don Ruy le prometiese esa honra para cuando tuviese veinte años, y sólo faltaban dos semanas de Agosto, al punto se comenzó a preparar la gran fiesta; y se levantaron arcos de boj desde la casa solariega hasta la iglesia del monasterio, donde don Gil debía velar las armas. En esa noche, por la aldea, junto al viejo caserón y en la explanada del convento, se encendieron pipas de alquitrán y hogueras, donde el pueblo danzó, con gran rumor, al son de violas y dulzainas.

Un viejo pariente, don Suero, Señor de Fondella, que mandaba treinta lanceros y tenía voz y voto en tres castillos, vino con espléndida comitiva a dar el espaldarazo a don Gil.

En la explanada del caserón solariego, dos vacas enteras asábanse en espeteras mayores que lanzas. De las pipas, juntas encima de los carros y entoldadas de laurel, el vino corría como de

fuentes públicas. El clangor de las campanas festivas mezclábase a los cantos de los juglares... Y cuando por la tarde se bajó el puente levadizo y don Gil, todo armado, seguido de hombres de armas, de escuderos, de mozos monteros, salió a la explanada y empinándose sobre el corcel blandió tres veces la lanza, todas las campanas repicaron, bandadas de palomas sueltas blanquearon el espacio, puñados de rosas revolotearon en el aire y una lluvia de monedas de plata y de cobre cayó sobre el pueblo, como en el advenimiento de un Rey.

Después, de nuevo el caserón solariego se sumió en la quietud y en el silencio. Y don Gil, que había abandonado los libros y no tenía ya a quien encontrar en la soledad del bosque y se había fatigado del servicio de las armas, comenzó a sentir los días pesados y largos. Las correrías por los campos, con sus hombres de armas, ahora bien armados y bien montados, no tenían motivo ni rumbo; y después de galopar por alguna planicie, atravesar alguna finca, haciendo ladrar a los perros y huir a las gallinas, descansar a la sombra de un arbolado y atronar los valles con toques de bocina a la morisca, nada más les quedaba que recogerse, al final de la tarde, cubiertos de polvo, cansados y sin aventura que contar a la cena...

Para seguir entonces más fielmente la vida de los paladines, como la había aprendido en los

libros, salía solo con su escudero Pero, que vestía un sayal azul y blanco (que eran los colores de los Valladares), traía dos largas plumas blancas y azules en el gorro y llevaba la rodela y el broquel de su amo. Iba entonces, para esperar aventuras, a apostarse, como Roldán, en el cruce de dos caminos, o, como don Claramundo, a la entrada de los puentes. Pero sólo encontraba algún arriero que le saludaba humildemente, o un fraile mendicante que le daba una reliquia a besar, o algún pobre menestral que a cambio de un maravedí le cantaba un villancico, o la gente de los alrededores, labradores y menestrales, que todos le conocían y le decían, con agrado: "Dios salve al señor don Gil." Y bien pronto abandonó estas cabalgatas solitarias, pasando los días en el caserón, por la huerta, con un látigo inútil en la mano, visitando las caballerizas, el tejar donde los halcones engordaban amodorrados, el lagar o la era... En la gran sala, don Ruy, que iba encaneciendo, dormitaba, ya muy gordo y pesado, en su alta silla de roble, con los pies en una gran almohada, las manos cruzadas y escondidas, como las de un clérigo, en las mangas de su zamarra... Doña Teresa, con el cabello todo blanco, sentada en una estera en el suelo, trabajaba entre las ayas; y todas las noches Frey Munio comenzaba a leer de nuevo la batalla de Darío o los milagros de Santa Ursula.

A veces, seguido sólo de su alano, don Gil des-

cenía a través de la aldea a una pequeña casa junto al río donde Mestre Porcalho, muy viejo también, enriquecido por los regalos de don Ruy, se había retirado a reposar, cultivando su huerto... Encontraba siempre al docto viejo, con sus cabellos blancos, muy largos, sueltos sobre la garnacha negra, cuidando del cebollar y del garbanzal; o a la mesa de la cocina, cubierta de plantas secas, disponiendo hojas entre las páginas de un *infolio*.

Don Gil amaba a este docto practicón y gustaba de interrogarle sobre los secretos del cuerpo humano, su estructura, sus humores y las influencias que le rigen... Pero ahora que ya no ejercía su ciencia, el buen Porcalho, frunciendo las cejas blancas sobre los ojos cóncavos y muy brillantes, declaraba no saber nada, menos que un puerco; porque sólo había tres ciencias de curar... Una, la de los monjes, por medio de peregrinaciones, milagros y contactos de reliquias, y ésta era falsa, porque el ilustre físico árabe Rhazei había probado que Dios no se entromete en la salud de las criaturas. La otra, la del Pueblo, hecha toda de brujerías, conjuros y sortilegios, era ilusoria, porque procede del Diablo y el Espíritu del Mal no puede producir el bien humano. Y la tercera, la verdadera, la eficaz, esa aun no había llegado a estos reinos de Portugal, y estaba toda en Francia, tierra de grandes escuelas.

Sin embargo, él, Porcalho, había hecho importantes descubrimientos. Era indiscutible que la

piedra de ágata facilitaba los dolores de la maternidad, como él había probado con la señora doña Teresa; que la sangría de Marzo debía ser hecha en las venas del pecho, y que la hipocondría era producida por un viento funesto, que venía de la luna y que hinchaba el hígado!... Por lo demás, él había descubierto algunos cuerpos simples maravillosos; y a él, no a otro, se debía que en toda la tierra de' Duero y de las Beiras se reconociese hoy la excelencia de la mandrágora... Decía estas cosas profundas con un aire hondo, inspirado y siniestro. En derredor, toda la cocina estaba llena de almireces, garrafas gruesas con líquidos de colores radiantes, aves disecadas, manojos de hierbas secas colgadas de las vigas ahumadas del techo; un olor dulce y triste perturbaba el alma; y en los vastos infolios, con cierres de metal, parecía dormir una ciencia inmensa y profunda...

Don Gil volvía hacia el caserón, devorado por la curiosidad de aquel saber. Ningún poder humano le parecía más alto que aquel que suprime los dolores, lucha con la influencia de lo invisible y vence a la Muerte. ¡Cuánto bien a derramar en la tierra cuando se posee aquel divino saber!... Si era ya bello y grande tomar armas e ir por el mundo a librar a los hombres de los males que otros hombres les hacen; cuánto mayor y más bello sería libertar al pobre cuerpo de los males infinitos que le hace la Naturaleza!... Y bien

comprendía ahora aquella regla tan fundamental de los libros de buena caballería; ¡que todo buen caballero debía saber el arte de curar las heridas que la lanza hace!... No era, pues, indigno, antes bien noblemente propio de un hidalgo, conocer los cuerpos simples, las influencias, el arte de bien curar. Por aquella ciencia, como por una escalera sin fin que se hunde en los cielos, el hombre asciende a los altos secretos... Aquel a quien aflige un mal puede entonces recurrir a ese alto saber, tan eficazmente como a Dios por medio de la oración; y en verdad, el buen sabedor del Gran Arte es como un Dios que recorre el mundo distribuyendo la vida...

Y de estos pensamientos, que le tenían de noche despierto, resultó que el gentil caballero, dejando las armas cubrirse otra vez de polvo, se quiso preparar, antes de tomarlas nuevamente, con la gran ciencia de los cuerpos simples y de las drogas... Comenzó entonces a estudiar asiduamente con Mestre Porcalho, que se enorgullecía de este discípulo, tan gentil y tan noble... Su día todo transcurría en el huerto, al pie del río. Sentados ambos bajo la parra, Don Gil con un pergamino en la rodilla, escribía todos los preceptos que le revelaba el viejo maestro, para comentarlos después paseando hasta deshora en su cuarto. Ya sabía los preceptos de Galeno y de los griegos, las recetas de Razhei y de los árabes. Y por un cuaderno mirífico, que Mestre

Porcalho había logrado de un judío, y que contenía extractos del *Canon*, de Avicena, ya conocía veinte enfermedades y sus veinte causas y sus veinte remedios... Pero la experiencia original y propia del Maestro no era menos valiosa; y por ella aprendió Don Gil todas las medicaciones que se deben aplicar según los meses; en Enero tomar porción de genjibre, en Febrero sangrarse en la vena del pecho; en Marzo, poner ventosas en el hígado...

Por medio de huesos humanos, que el Maestro había robado antaño, con gran riesgo, en un cementerio, y que guardaba en un arca bajo el lecho, conoció los secretos de la estructura humana; y al ver una calavera que nunca había visto, y que le hizo persignarse para alejar el *mal de ojo*, pensó, sin saber por qué, en Solena, en el brillo de su mirada, en su piel tan blanda y suave... Después, delante de él, Mestre Porcalho mató una noche un cabrito, y Gil conoció las venas, los tendones y el saco del estómago, donde el aire, al penetrar, descompone los alimentos...

VI

En la casa solariega, el viejo Don Ruy extrañaba la nueva existencia de Gil, que ahora, de sus caminatas solitarias, sin galgo y sin escude-

ro, volvía cargado de hierbas, como un aprendiz de herbolario. Pero cuando supo que él andaba aprendiendo el arte de curar, creció su admiración por aquel hijo excelente, y ya no dudó de que un día llegase a tener fama en todo el reino por su saber maravilloso; y una tarde, montando con trabajo en su mula, fué al monasterio a llevar a Don Abad la noticia de esta empresa nueva a que se lanzaba el gran espíritu de su dulce Gil.

Era en el tiempo de los higos, y habiendo comido demasiado de esa fruta, el buen Abad había sido atacado de un terrible mal. En su celda, donde recibió afablemente a su vecino, las reliquias del convento estaban expuestas sobre un altarcito para devolver la salud al buen Abad.

Un fraile rezaba junto al enorme lecho de roble. Otro machacaba una masa dentro de un almirez, y dos novicios con ramas de laurel sacudían las moscas de la faz venerable que el mal había empalidecido.

Don Ruy lamentó la dolencia del buen Abad; y sentado en un escabel al pie de la cama, contó luego cómo precisamente su Gil había comenzado ahora con un gran deseo de conocer el arte de curar aquel y otros males.

—¡Pues mandadlo a estudiar a Francia!...— replicó luego Don Abad, extendiendo la mano fuera de la ropa con un gemido—. ¡No sé que haya un saber más útil! Mas nosotros aquí, en

este reino, ni un dolor sabemos calmar... No lo digo por los doctos padres de esta casa... Pero ya desde el domingo, que fué la merienda, estoy aquí con sufrimientos... Estamos en gran atraso... Mandadlo a estudiar a Francia...

Y clavando los ojos en las santas reliquias, quedó mudo. Sólo cuando Don Ruy le besó el anillo de la mano, caída sobre la colcha de seda, volvió el rostro y murmuró:

—Mandadlo a estudiar a Francia...

Don Ruy se recogió al caserón melancólicamente. Seguramente Dios, por la voz de Don Abad, que sufría rodeado de reliquias, le indicaba aquel deber de mandar a su hijo a Francia para ilustrarse en el saber. Pero la idea de verle partir, y él ya tan viejo, desgarraba su corazón.

Casi deseaba que su hijo se convirtiera en un mozo de espíritu sencillo, contento con cazar y con probar las armas en el patio de su casa solariega. Ni siquiera contó a Doña Teresa esta visita al monasterio y el consejo penoso que había ido allí a escuchar... Y entonces veía con pena a su hijo cada día más entregado a los libros. Habiendo comenzado por estudiar el arte de los Simples y de las Drogas, como complemento de su educación de caballero, comenzaba ahora a amar esa sabiduría como fin supremo de la vida...

Como un peregrino que recorre un templo, y a quien la belleza o la rareza de una capilla inspira el devoto deseo de recorrer las que más allá,

en la sombra, hacen centellear sus oros;—este gentil caballero, de cada estrecha región del saber en que penetraba recibía la noble tentación de invadir otras que a lo lejos hacían centellear la maravilla de sus secretos...

Las plantas secas, con que Mestre Porcalho le había enseñado a hacer emplastos para curar humores le habían inspirado el deseo de conocer toda la vasta naturaleza que cubre la tierra y la estructura de esa tierra donde se esconden los metales y el fuego; la tierra misma le había hecho sentir el deseo de conocer todo lo que la rodea; los vientos que la sacuden, las nubes que sobre ella forman un toldo de multicolor belleza, los astros pequeñitos y grandes que sobre ella derraman su brillo fulgurante o suave. Del hombre, de quien el viejo físico le había explicado los huesos, quiso muy pronto conocer el alma y las leyes múltiples y maravillosas que la rigen... ¿Por qué aspiraba al bien? ¿Por qué sentía una resistencia al mal?... ¿De dónde nacía el amor?... ¿Por qué pensaba y en qué parte íntima del hombre brotaba la imperecedera fuente del pensamiento?... Después era también la curiosidad de saber lo que el hombre, desde tan largas edades creado, había hecho en la tierra, y las ciudades que había fundado, y las grandes guerras que había entablado, y las leyes que había creado para conservarse manso y sociable... Y del Hombre, su curiosidad ascendía al Dios que le había

creado. ¿Cuál era su esencia, dónde habitaba, qué cuidados tenía por la Humanidad que había creado?...

Y así, este mozo gentil, a quien apenas había nacido la barba, aspiraba a recorrer todas las Ciencias y a comprender todo el Ser. Pero, entre las viejas murallas de aquel solar, en aquella quieta aldea, adormecida bajo el olivar y la viña, ¿cómo podría adquirir todo ese saber, que ocupa, para ser codificado y explicado, a monjes de tantos monasterios y escolares de tantas escuelas?... Todos los treinta y tres libros que formaban la rica biblioteca del convento benedictino le habían sido prestados, por supremo favor, y en todos, confusa y tumultuosamente, había aprendido milagros de santos, leyes visigóticas, batallas de la antigüedad, recetas de drogas y noticias de países que están hacia el Oriente; pero eran como cortas hendiduras en un techo de vigas macizas, por donde divisaba puntos vivos de luz aquí y allá, y todo el resto era oscuro y la luz completa estaba por detrás, sin alcanzarla...

Aun a veces había leído un gran volumen de Aristóteles o de Séneca; pero sentía que su espíritu solitario, sin un guía, iba a través de aquel saber como un hombre perdido de noche en una montaña desconocida...

Su alma cayó entonces en una gran melancolía, a causa de esa sed que no podía ser saciada. Abandonó los graves infolios donde ya nada nuevo po-

día aprender, y no le atraía la compañía de hombres que nada le podían enseñar. Solo, con su galgo, salía muy de mañana, penetraba en los campos, buscaba la soledad de las quebradas y de los valles, y allí, caminando despacio a lo largo de unas márgenes o echado a la sombra de un árbol, él pensaba en la inutilidad de la vida...

Aquello, pues, era vivir; esta monótona prosecución de los actos instintivos: despertar, comer, caminar entre árboles, volver a la mesa, donde las fuentes humean, y cuando la luz se acaba, dormirse... ¡Así vivía cualquier animal en la selva!... Pero de todas las ocupaciones humanas, ¿cuál era la verdaderamente digna de que el hombre pusiese en ella el alma entera y la convirtiese en finalidad de su esfuerzo en la tierra? ¡No era seguramente vestir las armas, seguir un pendón, desgarrar las carnes de otros hombres, gritar entre el fragor de las batallas, para que el Señor Rey posea un castillo más o ensanche más allá del río las fronteras de su reino!... ¡No era ciertamente juntar maravedíes, comprar con ellos más tierras y más siervos, engrosar rentas, apilar en las arcas sacos de oro!... ¡No era seguramente andar de casa en casa solariega, con plumas en el gorro y un halcón en el puño, galanteando a las damas, conversando acerca de linajes, celebrando juntas en los patios y escuchando a los juglares que cantan durante las veladas!...

¿Qué sería entonces? Y su espíritu recaía en

aquella ambición vaga que le torturaba, la ambición de saberlo todo, de elevarse por la posesión de esa ciencia por encima de los hombres, y ejercer esa supremacía toda en favor y bien de los hombres. Querría tener un saber que le permitiese hacer las leyes más justas, curar todos los males del cuerpo, enriquecer a las multitudes, establecer la paz entre los Estados y guiar todos los seres vivos por la ancha senda del cielo... Para tal fin valdría sólo la pena de vivir. Y para conseguirlo no habría trabajo a que no se sujetase, fatiga que no afrontase. Vería sin dolor su cuerpo penar, comería las hierbas de los campos, vestiría los trapos más sucios, serviría en los menesteres más rudos, con tal de que el alma se fuese llenando de ese gran saber, cada vez más alto, más bello, dominando todas las almas por la abundancia de la verdad que poseyese y por la eficacia del bien que esparciese. Pero esta ambición, ¿cómo realizarla? ¿Dónde y cómo adquirir ese saber benéfico?... Y cuando lo hubiese adquirido, ¿de qué modo hacer que aprovechase a los hombres, para tornarlos mejores y ser aliviados de los males de la vida?...

¿Sería un gran físico, que fuese por el mundo a curar los males de la carne? ¿Sería un gran teólogo, derramando la paz en las almas? Y aunque mejorase algunas almas y sanase algunos cuerpos, ¿cuántos aún quedarían por el vasto mundo sin remisión y sin bienestar?... ¿Cuál era el medio de

hacer el bien simultáneamente a grandes multitudes?...

Así pensaba Don Gil en la soledad de los valles. Este mozo tan gentil tenía entonces veintidós años, y era tan bello y airoso, que la gente se volvía en los caminos y se le quedaba mirando con dulzura...

Sus largos cabellos, de un rubio oscuro, caían en bucles como los de un arcángel. Nada había más dulce y luminoso que la mirada de sus grandes ojos oscuros... Un bozo apenas naciente daba una sombra de virilidad a su piel, ebúrnea como la de una Virgen; y en su andar había una gracia altiva, como la de un príncipe en plena felicidad. Sus modales eran tan dulces y corteses, que cautivaban las almas.

Ninguna persona, por muy humilde que fuese, le saludaba sin que él se quitase gravemente su gorro de hidalgo, y en los caminos estrechos recostábase en las zarzas para dejar pasar a los viejos, aunque fuesen mendigos. Aunque en aquella abundante y tranquila aldea no había pobreza, su escarcela salía llena y volvía siempre vacía. Amaba a todos los animales, y los niños le hacían detenerse, sonriendo, enternecido.

Con esta cordura de monje tenía todas las buenas prendas de un caballero. Nadie participaba en las justas, ni jugaba a los dados, ni domaba un potro bravo, ni levantaba una barra de hierro con más fuerza y primor. Nada temía, ni a los hom-

bres, por muy fuertes que fuesen, ni a las fieras, por muy bravías, ni a los duendes, por muy malignos. Pero en la casa de su padre era obediente como una criatura, y era él quien se servía al viejo, le ayudaba a levantarse de su silla y hasta le peinaba sus cabellos blancos. Una mirada de su madre era para él como un mandamiento divino, y con tanta devoción le besaba la mano, que otra mayor no tenía hacia la Madre del Cielo.

Nunca su alma, blanca como el agua más pura, había sido entoldada por el paso de un pensamiento injusto e impuro. La justicia era para él tan necesaria como la luz, y si era testigo de una injusticia sufría como si un guante ajeno le hubiese azotado el rostro, sintiéndose ofendido en la ofensa que veía hacer a los demás. Adoraba a la verdad inmediatamente después de la Virgen María, y toda mirada que no fuese franca, toda palabra que no fuese espontánea, le daban el horror de una cosa sucia.

Quería que todos los solariegos le hablasen sin sumisión, y amando a todos los hombres como hermanos, la servidumbre parecía una ofensa a su amor... Así el señor Don Gil era, en sus años aún mozos, una de las almas mejores de la Cristiandad.

Un día, habiendo despertado con el cantar de las calandrias y sintiendo el alma más triste, partió solo con un gran lebrél, y arrastrado por sus pensamientos fué a dar a lo alto de una colina, que era

la más alta de aquellos sitios y se llamaba la sierra del Brujo. Desde allí veía, más bajas, la vasta colina donde negreaba su solar, la aldea de Gonfálim derramada entre el verdor, el blanco convento de los Benedictinos, el río, espejeando entre las márgenes altas, y la ondulación de los cabezos hasta el extremo de la línea azul del horizonte; y de pie, envuelto en el viento enorme que soplaba, Gil comenzó a considerar cuán estrecho era aquel horizonte y cuán imposible sería en verdad que dentro de él se realizasen sueños que abarcasen el mundo entero. ¿Qué había allí en aquel círculo de colinas? Los muros de su caserón, un convento de viejos frailes, una aldea de pobres colonos, y más allá, tierras bravías, matorrales, colinas que el tojo revestía... ¿Cómo podría jamás allí ser el hombre que deseaba ser, el hombre de gran saber y de gran acción?...

Y aún cuando por un don divino se tornase así, ¿dónde había allí una humanidad amplia y variada para ejercer la acción de su alma?... Pero, más allá, había otras tierras, grandes reinos, ciudades ricas, grandes escuelas, monasterios de alta sabiduría y multitudes innumerables, sobre quienes un alma fuerte y bien preparada podía ejercer una supremacía que valiese la pena conquistar. ¡Si él dejara su hogar estrecho, si se marchase!...

Un alborozo llenó su corazón; y casi inmediatamente sintió a su lado, entre unas rocas, una voz moza y fresca que cantaba:

Por el mundo voy;
¿dónde llegaré?
Y lo que yo busco,
¿dónde encontraré?

Y apareció un mozo ligero y flaco, pobrementemente vestido, que traía una mochila de mendigo al hombro, un fuerte bordón y dos grandes plumas de gallo en su gorro remendado... Una alegría franca y libre iluminaba su rostro flaco. Todo él parecía respirar con delicia el aire áspero y libre de la sierra, y sus ojos refulgían con un fulgor risueño...

Detúvose delante de Gil, golpeando con el bastón en la roca.

—¿Cómo se llama esta sierra y adónde conduce este camino?...

Gil quitóse el gorro y contestó con cortesía:

—Esta sierra no tiene nombre, y este camino sólo lleva a otras sierras... ¿Hacia dónde vais?

El mozo limpió lentamente el sudor que le bañaba la frente.

—Voy buscando tierras de Francia...

—¿Así, para tan lejos, a pie?

El mozo se rió alegremente:

—Es que el Señor Rey, cuando distribuyó las tierras y las casas solariegas, olvidóse de darme una, y una mula para caminar cuesta buen oro. Pero las piernas son vigorosas y más vigoroso es aún el corazón. Es el que me lleva, en este deseo de ir a Francia para entrar en las escuelas y adqui-

rir gran sabiduría y venir a ser físico mayor en el palacio de un rey o enseñar Decretales en un consejo. En la finca en que nací sólo había un libro, que era el misal de la capilla. Y como hay en todo monasterio una corteza de pan para un mendigo y en las riberas de los ríos no falta agua, aquí me voy con mi cayado, cantando por estos caminos de la tierra...

Sus ojos fulguraban como dos llamas, y del cayado, que apoyaba, riéndose, sobre una piedra, saltaron vivas chispas. Y continuó:

—Sólo me falta un compañero. Mozo sois, fuerte parecéis; en Francia las mujeres son lindas; en las grandes escuelas se aprende el secreto de las cosas, y no faltan las guerras para quien apetece la gloria... Venid también conmigo y seremos dos a cantar...

Gil respondió gravemente, mostrando Gonfalin y el palacio acastillado:

—Acullá queda la casa de mi padre...

Entonces el mozo se quitó el gorro.

—Rico sois... Ayudad a un pobre estudiante...

Gil abrió la escarcela y, poniéndose colorado, sacó una moneda de plata que puso en la mano del estudiante. Y sin saber por qué, sentía una atracción hacia él, como un deseo extraño de mirarse a aquel destino errante. Pero el mozo, arrojando el cayado sobre las espaldas, dando una sacudida a su mochila, marchó. Y de nuevo volvió a cantar:

Día y noche camino;
¿para dónde iré?
Y el saber que busco,
¿dónde lo encontraré?...

A mitad de la cuesta aun se volvió y le hizo señas con la mano a Gil. Y súbitamente desapareció. En el suelo donde sus pies se habían posado, la hierba se había secado toda...

VII

Gil se recogió a la casa solariega pensativamente. Aquel mozo pobre partía sin temor a las miserias de los caminos, dispuesto a limosnear su pan por los monasterios, sólo para adquirir lejos, en las grandes escuelas, el saber a que aspiraba. Y él, rico, que podría marchar con bolsa abundante, escuderos y equiajes, vacilaba en partir para satisfacer las justas y nobles ambiciones de su espíritu. Si Dios le había puesto en el alma aquel ideal elevado, ¿era por acaso para que él lo dejara morir insatisfecho e inútil?... ¿Le daba Dios una luz clara para que iluminase a los demás, y en vez de tornarla más viva y más clara, tan alta cuanto pueda ser una luz de la tierra, y dejaría, por timidez y enajenamiento de la voluntad, que se amortiguase entre las bóvedas de un caserón viejo?... ¡No, indudablemente, no!... Y como pensando

así divisase a orillas del camino un crucero, se quitó el gorro y juró por la cruz que en esa noche hablaría a su padre y le pediría ir a estudiar a Francia.

Y fué en un bosque, en el huerto, donde reveló a Don Ruy y a doña Teresa este gran deseo de su corazón. A ambos les pidió que le acompañasen al huerto, que tenía grandes novedades que dar a quienes amaba... Y sentado en un rudo banco de piedra, bajo un emparrado, donde se entrelazaban rosas y madre selvas, teniendo en una de las manos cogida la mano de su padre y en la otra la de la buena señora, les dijo cuánta pena le causaba pasar los años en aquel caserón, sin provecho para sí ni utilidad para los otros hombres, sus hermanos; tenía la ambición de la gloria, de honrar su nombre y de derramar el bien por el mundo; pero el servicio de las armas, si le podría dar gloria, no le atraía, porque en la guerra no había sino miseria y mal; y después de mucho escogitar, había decidido que su deseo se satisfaría yendo a estudiar a las escuelas de Francia, para volver al reino como un gran estudiante de Medicina, que era un saber propio de nobles.

Sólo pasaría por allí uno o dos años. Daría de sí noticias constantes, y aun no habrían comenzado a sentir lo largo de la separación cuando ya estaría de vuelta, licenciado en el gran saber, para derramar el bien en todo el reino y ser bendito de los hombres.